

658396

boletín, Sgo. 11-VII-1982. P. 13. Segundo Cuerpo

Guía de lectores

# EL CIUDADANO DE LA LUNA



Leer una novela treinta y cuatro años después de su primera aparición y seguirla de punta a cabo, sin vacilaciones y con deleite, es la mejor prueba de que sigue vigente y nada ha perdido de

su frescor original.

Esto ocurre con *La Luna era mi Tierra*, de Enrique Araya (Editorial Andrés Bello, Sgo., 1982). El caso no se da con mucha frecuencia. Por el contrario, a muchos libros se les nota el paso de los años, ya en el estilo, ya porque los personajes y sus hechos se añejaron. Eustaquio Arredondo -ciudadano de la Luna- sigue vivo, con todas sus aventuras. Se ha dicho que esta novela tiene "matiz autobiográfico". Si es así, ¡pobres de las infortunadas víctimas de este imaginativo personaje! Seguramente, lo recuerdan hasta el día de hoy y esta nueva edición vendrá a reforzarles la memoria.

Autobiográfico o no, Eustaquio Arredondo es absolutamente real, pese a sus inimaginables correrías. Y es real en las tres o más vertientes de su personalidad y de la personalidad del autor que le da vida. Humor, ironía, delirante filosofar, son algunas de las cualidades de Eustaquio, y las dos primeras son firmes pedestales en que el autor apoya su relato. En algunas escenas el lector ríe a carcajadas incontenibles, aunque los vecinos lo tomen por loco. En otras, sonríe pensando en lo bien que Enrique Araya conoce este pequeño mundo de raíz patriarcal. A veces, la comicidad es lograda con una breve frase, con una simple expresión. En otras oportunidades es toda una escena, como la del tío Emiliano resbalando en el patio de baldosas rojas que los encantados sobrinos han encerado con velas para convertirlo

Por Hernán Poblete Varas,  
de la Academia Chilena

en cancha de patinaje. O la manera con que Eustaquio emprende el estudio de la mitología, comparando las curvas de las diferentes diosas. Venus gana, por cierto.

Los capítulos dedicados a la infancia de Eustaquio, sus hermanos y compañeros son, indudablemente, los más risueños y, tal vez, los que más atraigan al lector que se siente reflejado en estos niños bárbaros, ingenuos y violentos. Más adelante, conforme el protagonista crece, avanza por la vida y se enamora metódicamente de cuanta mujer ve (todas tienen algo de Venus), la comicidad deja el paso al humor más profundo y a la mirada irónica que se detiene en el personaje y su particular universo. Las andanzas de Eustaquio por la agricultura hacen reír, pero con risa algo triste: son demasiados los desastres que produce en su alrededor el atolondrado personaje. Pronto regresa la carcajada con las incursiones políticas de Eustaquio y su amigo Juan.

Alfonso Calderón anota en el prólogo que "ya medite el narrador sobre la eternidad o sobre la ley, hay un deslinde chaplinesco en su comportamiento, algo así como esos saludos que el difunto cómico hacía dignamente, quitándose el hongo y sonriendo, a objetos como un paraguero o un escupitín".

Así es: Eustaquio saluda cortésmente a cada despanzurro, y sonríe con cada catástrofe que provoca. Y aunque el libro termine con él meditando sobre esa "fatal tendencia mía a no hacer lo que debo", perdurará en nosotros la sostenida vena humorística de Enrique Araya.

# El ciudadano de la luna [artículo] Hernán Poblete Varas.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

El ciudadano de la luna [artículo] Hernán Poblete Varas. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile